

El Trienio Liberal censurado en 1825 por un oficial francés perteneciente a los Cien Mil Hijos de San Luis: un análisis de la obra *Madrid, ou Observations sur les mœurs et usages des Espagnols au commencement du XIX siècle*¹

Jean-René Aymes†

Université de Paris III-Sorbonne Nouvelle-Paris III

Cómo citar este artículo / Citation: AYMES, Jean-René (2021). El Trienio Liberal censurado en 1825 por un oficial francés perteneciente a los Cien Mil Hijos de San Luis: un análisis de la obra *Madrid, ou Observations sur les mœurs et usages des Espagnols au commencement du XIX siècle*. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 22, pp. 419-434, <https://doi.org/10.14198/PASADO2021.22.15>

Sobre el autor de la obra

Hasta una época reciente, no tuve ocasión de hojear una obra anónima que poseía desde hace varios decenios, lo que dio paso a una investigación para intentar descubrir la identidad de su autor. La obra consta de dos tomos de pequeño tamaño, con un total de 304 páginas. Se titula *Madrid, ou Observations sur les mœurs et usages des Espagnols au commencement du XIX.º siècle*². He descubierto que el autor es Mathieu Joseph Brisset (1792-1856), quien a la

1. Texto revisado y adaptado a la revista por Rafael Fernández Sirvent. La publicación de este trabajo constituye un sentido homenaje a su autor, quien, con avanzada edad y dando muestra de su constante actividad y compromiso con su profesión, envió una propuesta de publicación a la redacción de *Pasado y Memoria* semanas antes de su fallecimiento. En memoria, pues, del gran hispanista Jean-René Aymes, de quien siempre nos quedará su entrañable recuerdo, a quienes tuvimos la ocasión de conocerle y tratarle, y una ingente obra de referencia para las historiadoras y los historiadores que nos dedicamos al apasionante siglo XIX.

2. Ese título se completa con la mención siguiente: «faisant suite à la collection de mœurs françaises, anglaises, italiennes, etc.; orné de Gravures et Vignettes». El título en español

vuelta de los Borbones, en 1815, después de la destitución del emperador Napoleón, trabajó como guardia de corps. Después, ascendió a la condición de oficial de infantería. En su obra, se atribuye la edad de unos 60 años y se califica de «viejo dragón». Tal es el título («le vieux dragon») de la página firmada el 23 de febrero de 1823. Aquel año de 1823, fue a «luchar a favor de Francia», participando en la expedición de los «Cien Mil Hijos de San Luis». Lógicamente, su actuación le valió –se desconoce cuándo– la condecoración de la orden de San Fernando. Parece haber prolongado su estancia en España durante un año, pero un enunciado deja perplejo al lector, porque el último artículo titulado «Le départ» lleva fecha de 28 de junio de 1824, lo que incita a adelantar que su estancia al sur del Pirineo no pasó de los tres meses. Brisset se dio a conocer como literato, autor de poemas en 1816 y 1818, de varias comedias ligeras («vaudevilles» en francés) entre 1821 y 1823 y en 1826, de dramas y de novelas. Respecto a sus vínculos con España, se puede señalar la decena de versos titulados «A Madrid, stance présentée à S.M. le roi d'Espagne, par M.J. Brisset, garde du corps du roi de France», redactados quizás en 1815, pero más probablemente en 1823.

En la edición del pequeño libro en mi posesión, no viene la mención de un coautor que figura en otras ediciones. Se trata de Théodore Anne (1797-1869), militar, guardia de corps como Brisset, pero conocido sobre todo como autor de dramas y de novelas.

Brisset quiso dar a su obra el aspecto de un diario, término que él mismo emplea. De ahí la designación «N.ºI – 23 février 1823» y «N.ºII – 23 mai 1823». Se advierte así que Brisset escribió el N.ºI antes de su desplazamiento a Madrid, mientras que escribió el N.ºII casi dos meses después de su entrada en la capital española.

La génesis de la obra

Al final de la obra, Brisset se ufana de ser a la vez «soldado» y «escritor» que conoce «lo que escriben los viajeros», por ejemplo Alexandre Laborde (1773-1842), autor de *Itinéraire descriptif de l'Espagne...* (1808).³ Brisset también pudo conocer a un tal «abbé Pons», autor de *Voyage de l'abbé Pons*, obra ausente

sería: *Madrid, u Observaciones acerca de las costumbres y usos de los españoles a comienzos del siglo XIX*. La obra se publicó en París en 1825, siendo Pillet Aîné el impresor-librero.

3. Otra edición en francés de 1809. Una edición en español se publicó en Valencia en 1826. En 1823, Laborde publicó un *Aperçu de la situation financière de l'Espagne* (solo 47 páginas). Brisset bien pudo haber tenido en consideración un juicio severo de Laborde acerca de «las instituciones que apartan de su destino natural los productos del dinero sujeto a imposición (...)». Las instituciones paralizan el amor al trabajo en las clases inferiores».

en la Biblioteca Nacional de París.⁴ Por fin, Chateaubriand está mencionado por un artículo publicado en el diario *Le Conservateur*.⁵

El contenido de la obra procede, a la vez, de la mirada personal del autor, de la lectura de los relatos de los viajeros franceses que visitaron España antes que él, de las opiniones de algunos españoles con quienes se relacionó una o varias veces. En particular, a principios de octubre, le invitó en Madrid un banquero de Bilbao, cuyo apellido oculta Brisset, llamándole «¡Chérubin Tonto!».⁶ Durante la comida, se puso en evidencia «un pequeño autor que ha escrito unos pequeños panfletos en los tiempos de la constitución (...) Es un corifeo del partido del centro («milieu» en francés), imposible y aborrecido en España, porque no está presente en la nación». O sea que se entiende ahora por qué motivo el autor disimuló la identidad del banquero que, probablemente, aceptó o sostuvo el régimen liberal recién aniquilado.

A principio de febrero de 1824, en compañía de un misterioso militar francés llamado Saint-Léon, Brisset es recibido por una francesa, quizás imaginaria, recién llegada de París. Durante la conversación, se abordaron temas políticos referidos a la actualidad.

En otras circunstancias, el autor dará la palabra a un ex miliciano y también a una ciega que comenta el pasado reciente y la actualidad política.

Las convicciones del autor

Como era previsible, Brisset justifica la intervención de los «Cien Mil Hijos de San Luis» –designación que no emplea–, destinada a «destruir la revolución y a restaurar la plena autoridad del rey Fernando» que pertenece a la familia del admirable rey de Francia.

Solo al final de la obra, de manera tardía y excepcional, el autor confiesa que no le gusta ejercer «el oficio de político y de censor»,⁷ porque prefiere ser «soldado y autor», sobreentendiendo autor ajeno a la política, y declara a una señora que le invitó: «Cuando vuelva a Francia, tendré algunas páginas para publicar acerca de su patria».⁸

En varias ocasiones, Brisset cede a la tentación de formular unas opiniones tajantes y generales que se pueden resumir de la manera siguiente: es un

4. Me parece que se ha de excluir el *Viaje de España*, en castellano, de Antonio Ponz Piquer (1725-1792), publicado en Madrid a finales del siglo XVIII.

5. Tomo VI, entrega «De l'Espagne».

6. N.º XIX, 6 de octubre de 1823, p. 19.

7. N.º LIII, 28 de junio de 1824, p. 306.

8. N.º LI, sin fecha, artículo titulado «La semaine d'une señoiretta» (sic).

implacable anti-revolucionario y anti-liberal, aborreciendo a los que «han ido más de prisa que el tiempo que transcurre».⁹

El único medio que se ofrece para oponerse a la violencia y la anarquía es proteger y difundir la religión cristiana, «único vínculo entre las sociedades».¹⁰

Para el autor, los pocos términos a los que hay que rendir culto son «la patria, la legitimidad y la justicia».

Por supuesto, la única institución admitida y laudable es la monarquía. En la obra, brillan por su ausencia, por ser intolerables y nefastas, la república y la democracia.

El rey Fernando VII

La imagen del monarca Borbón es fuerte y totalmente embellecedora, con su hermoso cuerpo, su fisonomía seductora, su frecuente sonrisa que, a veces, expresa la bondad.¹¹ Se porta con una amable familiaridad con los que se acercan a él. Siempre sale en compañía de la reina y de los infantes.¹²

En ese reciente post-Trienio, puede demostrar a sus súbditos su fervorosa religiosidad, yendo con su familia cada domingo a la iglesia de «Nuestra Señora de Atotcha» (*sic*)¹³.

Huelga apuntar que, salvado por los franceses, se siente feliz después de tres años durante los cuales ha sido «un monarca prisionero» y «un rey traicionado»¹⁴ –sin ninguna aclaración al respecto–.

En conformidad con su vehemente anti-liberalismo, el autor acepta sin reticencia que Fernando se porte como «un rey absoluto».¹⁵ Los lectores de hoy quizás esperarían el término «absolutiste» («absolutista» en español).

Los liberales

Su designación dista mucho de ser uniforme. El término más despectivo escogido por los adversarios es el de «negros», palabra empleada en español por el autor.¹⁶ En cambio, se empleará en francés en el grito de odio «A bas les noirs!».¹⁷ Solo dos veces figura el concepto neutral «los constitucionales» («les

9. N.º XX, 10 de octubre de 1823, p. 200.

10. N.º LIII, 28 de junio de 1824, p. 303 y p. 304 para la cita siguiente.

11. N.º XXX, sin fecha, p. 33.

12. N.º XXXVI, 1 de marzo de 1824, p. 89.

13. N.º XLVI, 10 de junio de 1824, p. 194.

14. N.º VII, 10 de julio de 1824, p. 69.

15. N.º XXXVI, 1.º marzo de 1824, p. 87.

16. N.º III, 24 de mayo de 1823, p. 19.

17. N.º V, 5 de junio de 1823, p. 38.

constitutionnels» en francés). Más corrientes e igualmente neutrales cuando no van acompañados de algún epíteto degradante son «les liberales» y «les liberalès» (*sic*). Pero también veremos cómo una porción de adversarios de los liberales no dudan en calificarles de «revolucionarios».

Más de una vez, su aspecto exterior es feo. Son unos «pigmeos» incapaces de manejar una espada. Derrotados y abandonados por sus ex-reclutadores, los liberales de condición popular o infra-popular van vestidos con andrajos. En este caso irrumpe, sugerida por la comparación, la imagen de los repugnantes «sans culottes» de la Revolución francesa.¹⁸ En cuanto a los militantes de rango más alto, hay dos menciones despectivas o irónicas que necesitaban una aclaración: unos llevaban «el gorro moderno» –podría referirse al gorro frigio–, otros «la gloriosa escarapela» («cocarde» en francés), probablemente tricolor como la bandera revolucionaria francesa. Por fin, otros liberales, habiendo abandonado su deseo de componerse una imagen varonil, en lugar de llevar un sombrero, preferían mostrar, con orgullo o amaneramiento, un pelo muy cuidado.

Formando una alianza desequilibrada con los liberales de origen popular, una élite –vocablo no empleado por el autor– era propensa a la lectura de diarios y de libros. En cuanto a la prensa, el autor, en lugar de citar algunos diarios españoles de tendencia liberal, nada mediocres, prefiere aludir a la prensa francesa, aunque sin mención concreta. El autor nos da los títulos de dos o tres diarios franceses que leían los liberales españoles. En ellos los articulistas demostraban «un celo revolucionario» y lanzaban invectivas contra los Borbones y los realistas en Francia.¹⁹

En un pueblo desierto, «un incorregible negro», quizás alcalde destituido, aprovecha su aislamiento para «volver a leer alguna vieja tontería del *Constitutionnel*»²⁰.

En cuanto a los libros, refiriéndose al Trienio, el autor no podía pasar por alto a Voltaire, pero se abstiene de citar una obra de él. Imposible saber quién es ese «Jay» superado por el conocido Constantin François de Chasseboeuf, conde de Volney (1757-1820), que aludió a la historia reciente de España en *Les Ruines, ou Méditations sur les révolutions des Empires*. Aunque Brisset no le menciona explícitamente, parece probable que los liberales españoles eran familiares de las obras del «señor Benjamin», como el autor designa a Constant.

18. N.º IX, 17 de agosto de 1823, p. 86.

19. N.º LII, sin fecha, p. 279.

20. N.º XXX, sin fecha, p. 37.

En cambio, figura con su apellido Bignon (Louis Pierre Edouard, 1771-1841)²¹, autor de varias obras publicadas entre 1814 y 1823; se trataba en particular de *Les Cabinets et les peuples depuis 1815 jusqu'à a fin de 1822*; allí figuran unas informaciones acerca del funcionamiento de varios gobiernos europeos en relación con el de Madrid.

Según Brisset, los escritos de Bignon estaban superados por *Le compère Mathieu, ou les bigarrures de l'esprit humain*, obra editada en 1793 y 1810, cuyo autor era Henri Joseph Dulaurens (1719-1793); de él, *Le compère Mathieu (...)* era una obra periódica, filosófica y política, que se publicó en noviembre-diciembre de 1790.

Puede sorprender la mención del desconocido Pigault-Lebrun (1753-1835), porque no se podía esperar una alusión a la España del Trienio en *La Folie espagnole (La Locura española)* publicada en París en 1801 por C. Barba. Igual advertencia respecto a *Le Citateur*²² publicado por el mismo editor en 1803, 1811 y 1815. Respecto a Pigault-Lebrun, un enunciado de Brisset exige una aclaración de carácter humorístico: cuando los españoles liberales fueron derrotados, para evitar unas represalias, tuvieron que esconder las obras subversivas que poseían y admiraban; por eso, disimularon las obras de Benjamin Constant y las del abate de Pradt en las que pusieron una máscara metafórica para que solo aparecieran las obras inofensivas de Pigault-Lebrun, ajenas a la actualidad política española.

En cambio, como demostré hace más de treinta años (Aymes, 1986), el conocido y prolífico Dominique Dufour, barón de Pradt (1759-1837), mencionado por Brisset, ha sido uno de los primeros franceses en relatar y enjuiciar la insurrección victoriosa de 1820 en *De la révolution actuelle de l'Espagne et de ses suites* (París, Béchét aîné).

Sus modelos y su comportamiento

Los liberales durante el Trienio, cuando Brisset les tacha de «revolucionarios», parecen ser los descendientes de los «sans culottes». Su afrancesamiento cultural les llevaba, por otra parte, a adoptar unas actitudes ajenas a la política y —ahí irrumpe una sorpresa para el lector actual—, propias de los «románticos». No era previsible que, varios años antes de 1830, iba a surgir en España, una nueva moda, si no en la literatura, por lo menos en los modales. En su vida cotidiana apenas aprehendida por el autor, los liberales del Trienio y, tal vez durante los años anteriores, consumían con exceso bebidas alcohólicas. Poco convincente

21. N.º VI, 15 junio de 1823, p. 58.

22. En español, «el citador» cita, avisa, notifica, convoca, aclara.

es la acusación de que «se alimentaban con ponche²³ y tabaco». ²⁴ Por eso, la «Fontana di (*sic*) oro» se había convertido en un fumadero («tabagie» en francés), en el que el humo hacía insalubre el local.

Como se ha dicho antes, el comportamiento de unos liberales reveló una forma de afrancesamiento, como lo sugiere una señora española que, en un idioma francés groseramente alterado, escribió que su marido era un banquero francés de la Chaussée d'Antin en París. ²⁵

El doble abuso del ponche y del tabaco no tiene la gravedad de otro comportamiento escandaloso e imperdonable: es su irreligiosidad, públicamente demostrada, al abstenerse de ir a misa. La mayoría de los lectores franceses no podían entender otro enunciado sorprendente: los viernes, los liberales españoles excluían las lentejas; efectivamente, los católicos practicantes solían comer lentejas el primer día del año y el primer día de cada mes, porque, en esos días de vigilia, les estaba prohibido comer carne y, quizá, pollo y pescado. El comportamiento de los liberales españoles constituía otra ilustración de su visible irreligiosidad. La religión, «primera consoladora del hombre», rechazada por esos individuos, se ha visto obligada a dejar un extenso espacio al «ateísmo que, en el resplendor de la efímera usurpación, invadió los templos y eliminó la religión de sus tronos de oro y de bronce». ²⁶

Al margen de los plebeyos que han aprobado la instauración de un régimen en principio más favorable para ellos que un régimen absolutista, unos aristócratas ambiciosos y presumidos anhelaban acceder a la categoría de duque, conde o marqués, con lo cual hubieran lucido «vestidos bordados, espadas para la corte, condecoraciones y medallas». ²⁷

Su doctrina y el régimen instaurado

Llama la atención la ausencia total, entre los conceptos globales y algo abstractos, del término «libéralisme». En cambio, y sin que el autor exprese su propio rechazo, la «constitución» era «objeto de culto» para los liberales españoles. El Trienio ha sido «el reinado de la constitución». Aunque la elaboración de esta va unida a las «Cortes», este término está muy poco empleado por Brisset.

Evocada anteriormente, la señora española casada con un banquero parisino ha celebrado «las raiformes (*sic*) pour le trionfe de la libertai (*sic*) et de

23. El ponche era una bebida de origen antillés en la que se mezclaba un licor o algún alcohol con limón y azúcar.

24. N.º VI, 15 de junio de 1823, p. 58.

25. N.º IV, 1.º de junio de 1823, p. 29.

26. N.º IX, 17 de agosto de 1823, p. 81.

27. N.º IV, 1.º de junio de 1823, p. 28.

légalitai (*sic*)». Los liberales del Trienio han emprendido una lucha, que el autor se abstiene de condenar, contra «el despotismo y el fanatismo». Pero ejercieron una represión indigna contra los absolutistas. Con esa finalidad, mantuvieron en actividad una «Inquisición» contra sus adversarios.

Enfocando, a veces, de manera indiferenciada, a los liberales, el autor les califica entonces de «revolucionarios» por haber convertido el régimen del Trienio en una «fábrica de actos revolucionarios», pero, una vez, ha de reconocer la realidad de una evolución, más bien positiva, hacia «la moderación y la prudencia».

Ese enfoque indulgente no vale para una categoría de individuos que militaron activamente a favor del régimen: se trata de «los milicianos traidores» que inspiran ahora el odio y que viven bajo la amenaza de la proscripción. Una pequeña dosis de indulgencia consiste en dar la palabra a un miliciano que confiesa «sus nobles ilusiones de libertad y de gloria».²⁸

El tratamiento especial reservado a la figura de Riego

En diciembre de 1823, el autor no disimula la alegría que suscitó el arresto del responsable de la insurrección de 1820: «Riego, por fin, está en los calabozos de Madrid: excelente cosa; pero quizá hubiera sido mejor pasar por alto los días de su heroísmo».²⁹ El lector ya no esperaba que se empleara este sustantivo tan ennoblecedor aplicado a la época del Trienio. Pero, a continuación, esa brevísima nota favorable al personaje resulta aniquilada por la demostración, no solo de su actual impopularidad, sino del odio vehemente que suscita, por lo menos en los alrededores de Madrid donde se oyen gritos de «furor» y de «pavor»: «¡Saludo al infame! ¡Saludo al traidor! ¡Maldito sea! ¡Mueran los enemigos del Rey! ¡Adiós, adiós, Riego!».³⁰

El día antes, el autor no oyó pronunciar, ni una vez, el nombre del prisionero, porque, «en los corazones ya no había espacio para el odio». El autor divisó a lo lejos la cárcel donde estaba encerrado Riego. Las calles que a ella conducían eran sombrías y desiertas, pero se oían gritos de alegría que, por supuesto, celebraban la puesta en libertad del amado rey Fernando.

El último y pequeño grabado del primer tomo, aunque no lleva ninguna aclaración escrita, representa indudablemente a Riego sentado, con las manos atadas por detrás, en una tosca carreta cubierta; de cada lado, se entrevé dos

28. N.º XXXI, sin fecha, p. 38.

29. N.º XXVII, 5 de diciembre de 1823, p. 295.

30. *Idem*, p. 304.

individuos armados, uno con una espada, otro con un palo, que se disponían a agredir al detenido.³¹

Procedente de Andalucía, Riego llegó a Madrid el 2 de octubre de 1823. Primero, las autoridades convirtieron en prisión el Seminario de nobles. Eugenia Astur (1984: 499), autora de una biografía de Riego, precisa que este y otros detenidos fueron entregados a Gaspar Rocabuena, director interino de la prisión. En ella, se puso a Riego bajo la custodia del oficial de guardia, el «Conde de Torrealta»,³² lo que confirma el dato proporcionado por Brisset, el cual, valiéndose de algún privilegio, consiguió el favor de visitar al señor «de la Torrealta» (*sic*). En la cárcel, Brisset estuvo en presencia de Riego, que llevaba una levita azul. No había todavía una cama en el cuarto donde estaba encerrado. A su llegada, cansado, se había tendido en el suelo. En presencia de Brisset, pidió agua; se trajo un cubo lleno; el conde Torrealta consiguió a duras penas que un soldado le diera un vaso. Naturalmente, el enfoque de Riego por el testigo francés es lo contrario de embellecedor: «Su frente no anuncia ninguna tendencia a la reflexión. Esa cabeza no puede servir de asilo a planes ambiciosos o a ideas nobles».³³ Brisset se enorgullece de haber estado en presencia de Riego y de poder contar cómo se puso inquieto al oír unos gritos debajo de las ventanas de la prisión. Un oficial le aclaró que es el pueblo el que celebra la puesta en libertad del rey: «!El rey es libre!», repitió Riego, que añadió una pregunta: ¿Es una capitulación la que le abre las puertas de Cádiz? (...) En cualquier caso, si no es hoy, será mañana». O sea que Riego está convencido de no poder contar ya con sus ex partidarios. Cuando oyó a un soldado que cantó en un cuarto vecino un aire con la melodía del «Trágala», pero con palabras de significación realista, Brisset, ante la fisonomía entristecida de Riego, imaginó su pesar y, quizá, sus remordimientos.³⁴ Esta será la penúltima imagen que deja el ex héroe a los ojos de los liberales: la de un personaje resignado y pesimista.

La última imagen procede de un personaje ficticio denominado «La sombra», quien, lejos de aborrecer a Riego, sueña con que se porte de manera laudable, es decir renunciando a la lucha y arrepintiéndose por los desmanes que cometió a la cabeza de los insurrectos de 1820:

31. N.º XXVII, 5 de diciembre de 1823, p. 305.

32. Acerca de ese personaje, disponemos de los datos proporcionados por Alberto Gil Novales (2010: t. I, 609) en su Diccionario biográfico de España (1808-1833), Madrid, Fundación Mapfre, 2010. En él se lee que Miguel de Careaga y Marín, II marqués de Torrealta (1781-1858) había sido, antes de 1820, regidor perpetuo de Almería, donde había nacido. En 1820, se puso a la cabeza de la plebe para eliminar la constitución.

33. N.º XXVII, 5 de diciembre de 1823, pp. 297-298.

34. N.º XXVII, 5 de diciembre de 1823, p. 301.

«Mi bueno, mi honrado señor Riego, ¡ánimo! Sea dócil. No sea más recalcitrante que sus heroicos compañeros armados. Si le ayuda Dios, hará borrón y cuenta nueva (...) y conservará su título de héroe, si lo valora mucho».³⁵

Las alusiones a algunos conocidos liberales

Se ha de suponer que, no por ignorancia, sino por voluntad determinada, Brisset se abstiene de conceder un espacio a algunos líderes vanguardistas, tales como Torrijos, Romero Alpuente, y otros, menos vanguardistas, como Martínez de la Rosa, Toreno y Alcalá Galiano. Brisset oculta así, según el caso, la antipatía que le inspira o cierta tímida admiración inconfesable, dado su antiliberalismo categórico y global.

«Ballesteros», en realidad Francisco López Ballesteros (1770-1833) figura en tres ocasiones. Durante el Trienio, ha sido Consejero de Estado y «comunero» (Gil Novales: 2010, t. II, 1739-1743). Pertenecía a lo que se podría llamar hoy el ala izquierda del liberalismo, aunque no discípulo de Torrijos y de Romero Alpuente. Durante su conversación en la cárcel con Riego, Torrealta y Brisset, este se enteró de que los miembros de las Cortes quedaron pasmados cuando se anunció «la defección», o sea la capitulación de Ballesteros, quien desobedeció a Riego que le había invitado a seguir luchando. Las Cortes le nombraron general en jefe de la expedición a Málaga. Expuso entonces que estaba él convencido del fracaso de la tentativa. Si renunciara, las Cortes le declararían «traidor respecto a la constitución».³⁶ Su ruptura con Riego, ya radical, le llevó a formular contra él unas acusaciones terribles. En 1824, será detenido a pesar de la amnistía de que se beneficiaron unos liberales. Quejándose de la intolerancia del nuevo poder absolutista, solicitó el asilo en Francia y consiguió el pasaporte obligatorio.

«Morillo», o sea Pablo Morillo, se enfrentó en América con Bolívar y, luego, se reconcilió con él. A su vuelta a España, recibió los títulos de conde de Cartagena y de marqués de la Puerta (Gil Novales: t. II, 2092-2093). En 1821, un periodista le declaró enemigo de la constitución. En 1822, «anillero», su comportamiento es equívoco hasta tal punto que podía entrar y salir libremente del palacio real. En 1823, pactó con los invasores en Galicia. Según Grisset, después de esa invasión, se descubrieron en su domicilio papeles en los que había «amonestaciones que apuntaban al rey Fernando, súplicas dirigidas a las Cortes, felicitaciones para Morillo y tarjetas de visita para Ballesteros».³⁷

35. N.º XLIX, sin fecha, p. 259.

36. N.º XXVII, 5 de diciembre de 1823, p. 299.

37. N.º XIII, 10 de septiembre de 1823, p. 127.

En una fecha no mencionada por A. Gil Novales, tal vez en 1824, ha pasado a Francia «llevándose sus riquezas», según Brisset.³⁸

«Labisbal»: cometiendo un pequeño error de transcripción, Brisset designa así Enrique José O'Donnell y Anethan, conde de La Bisbal. En 1820, se le ordenó enfrentarse con Riego, pero prefirió proclamar la constitución en Ocaña (Gil Novales: 2010, 9197-9200). Pronto, pareció sospechoso, a la vez, a los liberales y a los absolutistas. En la primavera de 1823, declaró que, al mismo tiempo, quería obedecer a las nuevas autoridades antiliberales y aprobar la constitución de Cádiz. En 1823, ya vimos cómo Riego, en la cárcel, declaró que no le sorprendió «la desertión de Labisbal».³⁹

Remontándose en la cronología, Brisset escribe que «Labisbal», cuyas convicciones eran flexibles y nunca convincentes, fue sometido a un proceso por los absolutistas. Pero se evadió y, en el otoño, el príncipe de Hohenlohe le permitió pasar a Francia, portador, como Morillo, de «sus riquezas».

En cuanto a «Zayas», se trata de José Pascual de Zayas y Chacón, diputado a las Cortes por La Habana en 1820-1822 y capitán general de Madrid en marzo de 1823 (Gil Novales: 2010, 3264-3265). En diciembre de aquel año, Brisset alude a la capitulación, no fechada, de «Zayas, Ballesteros, Labisbal y Morillo».⁴⁰ Igual que otros liberales, volvió la casaca hasta el punto de detener a Riego. Pocos días antes de morir en 1827, las autoridades le restituyeron sus empleos y honores. La primera noticia que concierne a «Zayas», proporcionada por Brisset en junio de 1823, remite a su comportamiento en la época de la Guerra de la Independencia: «Napoleonista (*sic*), constitucional, y realista, lleva una memoria que va a presentar al príncipe francés (José Bonaparte) para incitarle a hacerse rey de España y a aumentar el número de gentilhombres de cámara».⁴¹

Confirmando la fuerza y constancia de sus propias convicciones políticas, Brisset se ha complacido en mostrar que los liberales mencionados por él no tenían opiniones inflexibles y que eran propensos a practicar el doble juego, con lo cual se convirtieron, en 1823, en individuos sospechosos, antipáticos y merecedores de un legítimo castigo.

38. N.º XXXI, sin fecha, p. 43.

39. N.º XXVII, 5 de diciembre de 1823, p. 300.

40. N.º XXXII, sin fecha, p. 49.

41. N.º V, 5 de junio de 1823, p. 37.

Los absolutistas

No por desinterés, sino, probablemente por falta de información, la aportación de Brisset al conocimiento de los antiliberales durante el Trienio peca de pobre, pero el autor no disimula su sentimiento de estima.

Les designa con el término laudatorio de «realistas» («royalistes» en francés): «Los realistas pretendían seguir realistas y obrar como realistas en una guerra hecha contra una revolución». ⁴² Brisset se abstiene de calificarles de «absolutistas», vocablo que hubiera sugerido su pertenencia, carente de nobleza, a un mero partido. Holgaba recordar que su adhesión a un régimen monárquico era incuestionable.

Su credo lo ilustra una particularidad de su vestimenta: «El adorno de los realistas es una cinta en la que está impresa la divisa: *Morir por el rey y la religión es mi ley*». ⁴³

El amor demostrado al monarca, con carácter de intensa devoción, está vinculado a la defensa activa y sin reparo de la religión católica. Cediendo a la tentación de generalizar, el autor se complace en calificar a los españoles de «viejos cristianos». Pero, inmediatamente después, surge una pequeña contradicción: «a los que denuncian el fanatismo –alusión a los liberales–, hay que contestar que es indestructible en España el fanatismo. No hay moderación bajo aquel cielo de fuego». ⁴⁴ Pero en otro texto –y he aquí la contradicción–, se puede leer que la religión invita a la serenidad, por no decir a la resignación.

El objeto sagrado que ejerce la función de bandera para los combatientes antiliberales es la cruz, puesto que España es «el país en el que nunca se ha ordenado algo que no fuera para y por la cruz». ⁴⁵

En el trasfondo de las consideraciones de carácter ideológico subyace la revolución francesa de los años 1789-1793. En efecto, para los absolutistas, los combatientes liberales eran los descendientes de los «sans culottes». Habla un francés hostil a los liberales españoles que valoraban «las asquerosas copias de nuestros asquerosos sans culottes» que, en el lodo de Madrid, «arrastraban sus andrajos triunfales». ⁴⁶

En cambio, los defensores del rey Fernando tenían por modelos los «Vandeanos» («Vendéens» en francés), propensos a celebrar las ceremonias religiosas. Según Brisset, perdura el recuerdo de aquellos «Vandeanos» que

42. N.º XXXII, sin fecha, p. 48.

43. N.º II, 23 de mayo de 1823, p. 12.

44. Idem, p. 14.

45. N.º XXXVI, 1 marzo de 1824, p. 80.

46. N.º IX, 17 de agosto de 1823, p. 86.

rezaban al lado de sus armas por un pobre huérfano cargado de cadenas» (el rey de Francia).⁴⁷

El credo de los absolutistas, que asocia la religión y la política, les llevaba a luchar al mismo tiempo contra los herejes, los ateos y «los revolucionarios».

En lo que se refiere a los líderes y a los militantes, lógicamente, la mención de los líderes de los «realistas» había de figurar aquí, pero con sorpresa para el lector, Brisset no alude siquiera ni a la Regencia de Urgel, ni a Mataflorida, ni a sus colaboradores. En cambio, menciona, una vez, al «ejército de la fe» que ha eliminado al «testarudo Riego».

El grabado que ocupa toda la página que precede, la que lleva el título del tomo II, merece un especial comentario, porque ese grabado es portador de una compleja significación: en el gran círculo que ocupa el mayor espacio en la página se ve un monje arrodillado, rezando al pie de una pequeña escalera que lleva a la puerta cerrada de una casa; ese personaje lleva una sotana y, a su izquierda, asoma la empuñadura de un sable que hace de él un combatiente; ello no es incompatible con su condición de monje; su aire entristecido invita a imaginar que está rindiendo homenaje a un camarada recién fenecido que estaba alojado en aquella casa cerrada; emerge encima del gran círculo la extremidad superior de una gran cruz de madera en la que está atada una bandera en la que se lee: «Armée de la foi»; en la parte inferior del círculo, para confirmar que la escena remite a la lucha armada que emprendieron contra los liberales los partidarios de la Regencia de Urgel, se ven, reunidos en el suelo, un pequeño cañón, una pistola, un sable de hoja curva y un rosario.

Durante el Trienio, los adversarios más activos y temibles eran los combatientes armados, campesinos, que, en lugar de fusiles, habían de recurrir a carabinas y pistolas. Los «andrajos pardos» que llevaban revelaban su origen popular y su pobreza.⁴⁸

Se sabe que durante el Trienio el rey Fernando pudo contar con el constante apoyo de sus guardias de corps. En una procesión, llevaron el crucifijo. Al final del Trienio, se han convertido en «vengadores» que apuntaban a los liberales.⁴⁹

Cuenta Brisset que, en una noche de julio, entró en una iglesia de Madrid de donde salía una música religiosa. Allí divisó a un monje con una sotana («robe» en francés) de color pardo; iba descalzo y su barba era desordenada; cuando se arrodillaba, su sable producía un ruido al caer en el mármol del santuario, y la gente decía en voz baja: es el «Trapense» («Trappiste»).⁵⁰

47. N.º VI, 15 junio de 1823, p. 69.

48. N.º XXX, sin fecha, p. 32.

49. N.º XXVIII, sin fecha, p. 8.

50. N.º VII, 10 de julio de 1823, p. 68.

Brisset se emocionó a la vista del «monje inspirado». Se trataba de Antonio Marañón, alias el Trapense, monje cisterciense que, después de la Guerra de la Independencia en la que intervino, ingresó en el convento de la Trapa. En junio de 1822, a la cabeza de varias partidas, ocupó la Seo de Urgel, donde los realistas crearon una Regencia. El historiador Modesto Lafuente lo describe en su época de guerrillero:

«Bendecía con mucha gravedad a las gentes que se arrodillaban a su paso y tocaban y besaban su ropaje. Fingía revelaciones para fanatizar y entusiasmar a la crédula muchedumbre y montaba con el hábito remangado (...); llevaba en su pecho un crucifijo, y sable y pistolas pendientes de su cintura» (Lafuente: 1877, t. XVIII, 354).⁵¹

Vicente Jenaro de Quesada, I marqués de Moncayo (1782-1836), solo hace una aparición fugaz bajo el apellido de «Quesada», calificado de «noble»⁵². En 1820, Fernando VII había contado con él para que le ayudara a recuperar sus derechos absolutos. Descubierta la trama por los liberales, tuvo que refugiarse en Francia donde conspiró a las órdenes de la Regencia de Urgel. Naturalmente, volvió a España cuando intervinieron los «Cien Mil Hijos de San Luis» (Gil Novales : 2010, 2499-2500).

De la misma forma escueta y lisonjera, el autor alude a «Bessières», dando la palabra a un hombre del pueblo que se dirigió a Brisset: « Es Vd. uno de los que, con la ayuda del intrépido Bessières, nos han devuelto a nuestro amado Fernando».⁵³ De origen francés, ha sido un aventurero. En julio de 1821, participó en un intento de sublevación republicana. Por odio hacia los liberales moderados, pasó al bando absolutista. En 1823, llegó a penetrar en Madrid antes que las tropas del duque de Angulema (Quirós: 2007, 97-138; Gil Novales: 2010, t. I, 410-411).

La opinión pública

Se impone la impresión de un amplio predominio de la adhesión popular al absolutismo y, por tanto, del rechazo mayoritario del liberalismo, adhesión explicada por Brisset –como vimos– por la defensa de la religión amenazada durante el Trienio y por el amor, profundo y constante, demostrado hacia el rey Fernando.

51. También la detallada e irónica evocación del Trapense en Pérez Galdós (1971: tomo I, 1735-1736).

52. N.º XLVIII, sin fecha, p. 248.

53. Idem.

Habrà parecido extraño a los lectores que en la obra no se haya visto actuar la élite constituida por los aristócratas lógicamente defensores del antiguo régimen rechazado por los liberales. De ahí, la importancia, para la información de los lectores franceses, del credo de «un hombre del pueblo» que se expresa en junio de 1824: desea que el rey disponga de una autoridad ilimitada, que «la santa inquisición» siga actuando; también desea que, «en España no se hable ni de igualdad, ni de libertad»; el pasado, no reciente, sino lejano, se ha de escoger como modelo.

Sin embargo, no reina una total unanimidad en la adhesión al absolutismo y a la religión. En efecto, el autor advirtió un lamentable contraste en el comportamiento, de unos habitantes –por cierto minoritarios– durante una procesión del viernes santo:

«Mientras que unos jóvenes de pequeña edad, que no son ni españoles, ni ingleses, ni franceses, pero que son unos aprendices filósofos y que solo han sacado de nuestros libros (franceses) y de nuestras modas el veneno y el ridículo, se alejan, disimulando torpemente una fría sonrisa de impiedad, va progresando la ocupación de los balcones, y los viejos cristianos se posternan».⁵⁴

Otra vez, se afirma que la instauración del liberalismo en el Trienio alimentó el afrancesamiento intelectual e ideológico de un sector de la juventud, pero el lector pudo advertir una pequeña contradicción, a saber: que esos jóvenes hostiles a la procesión religiosa no son españoles.

De ahí, de vez en cuando, en el seno de las familias, unas disensiones entre las dos generaciones. Por ejemplo, en una de ellas, el joven Francisco había ingresado en la milicia: «Sin avisar a su padre, ha abandonado el hogar y ha ido a luchar (...), mientras que su padre fluctuaba, indeciso y tembloroso, en medio de las disensiones públicas». Por su lado, el hijo sabía que «el soldado de Eroles no perdonará al miliciano de Madrid».⁵⁵

Apunte final

Acerca del conocimiento y de la interpretación del Trienio, no se podía esperar gran cosa de las revelaciones y de los testimonios de los soldados del duque de Angulema que, en general, se contentaron con celebrar, en sus relatos, la acogida entusiasta de los habitantes. Saludados como libertadores, han concluido que el Trienio había sido una forma de aborrecible tiranía. Su posicionamiento se explica en gran parte por esa realidad, pero también han sido determinantes

54. N.º XXXVIII, 20 de abril de 1824, p. 109.

55. N.º XXXI, sin fecha, p. 40.

su hostilidad hacia cualquier revolución, incluso hacia el reformismo ultra-liberal, y también la demostración de la admirable religiosidad de la población.

Ese contenido ideológico de la obra de Brisset no ha de ocultar que ese aspecto no es fundamental, puesto que la ambición declarada del autor, explícita en el título de su pequeño libro, era enfocar en su totalidad la historia de España desde la Antigüedad, la mentalidad de los habitantes, su práctica de la religión, sus convicciones políticas, sus costumbres, sus placeres, así como el paisaje, los cultivos, los monumentos, etc.

Bibliografía

- ASTUR, Eugenia (1984). *Riego*. Oviedo: Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias.
- AYMES, Jean-René (1986). El abate de Pradt y España, 2.^a parte. *Trienio*, 7, 3-42.
- DUFOUR, Dominique, barón de Pradt (1820). *De la révolution actuelle de l'Espagne et de ses suites*. Paris: Béchet Ainé.
- GIL NOVALES, Alberto (2010). *Diccionario biográfico de España (1808-1833)*. Madrid: Fundación Mapfre.
- LABORDE, Alexandre (1808). *Itinéraire descriptif de l'Espagne et tableau élémentaire des différentes branches de l'administration et de l'industrie du royaume*. 6 vols. Paris: H. Nicolle.
- LAFUENTE, Modesto (1877). *Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*. Barcelona: Montaner y Simón.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1971). El terror de 1824. *Episodios Nacionales*. Madrid: Aguilar.
- QUIRÓS ROSADO, Roberto (2007). El mariscal Jorge Bessières (1780-1825). Vida de un aventurero en la España de Fernando VII. *Revista de Historia Moderna*, 102, 97-138.